

El lugar de los escritores hispanomexicanos en la historia literaria (I)

ENRIQUE LÓPEZ AGUILAR | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA,
AZCAPOTZALCO

Resumen

A semejanza de los criollos, en Nueva España, los hijos de los exiliados españoles se encontraron en una situación de pertenencia ambigua, a la que estos denominaron *Nepantla*: “entre dos tierras”. Por edad y actitud intelectual, los hijos de los exiliados —los hispanomexicanos, propiamente dichos—, no sólo fueron afines a las actitudes y actividades de la generación mexicana del Medio Siglo, sino que colaboraron activamente en ella, lo que acentúa sus diferencias con lo que, paralelamente, la generación española del Medio Siglo realizaba en la Península. Sin embargo, su situación no dejó de tener ambigüedades, pues en México se les consideraba hijos de españoles y en España campeó durante mucho tiempo una gran ignorancia y desinterés acerca de ellos y su obra. ¿Dónde, entonces, está su lugar en la historia literaria?

Abstract

Similar to Creoles in New Spain, the children of Spanish exiles found themselves in an ambiguous belonging situation which they called *Nepantla*: “between two lands”. Due to their age and intellectual attitude, the children of exiles —the Spanish Mexicans, properly speaking— not only did share attitudes and activities of the Mexican generation of the Mid-Century, but actively collaborated within it, which accentuates their differences, in parallel to what the Spanish generation of the Mid-Century was doing on the Peninsula. However, their situation was not without ambiguities, as in Mexico they were considered children of Spaniards, and in Spain, ignorance and disinterest regarding them and their work prevailed for a long time. Where is their place in literary history, then?

Palabras clave: Criollos, España, exilio, franquismo, generación española del Medio Siglo, generación mexicana del Medio Siglo, guerra civil española, hispanomexicanos, literatura, Mascarones, México, poesía, posrevolución mexicana, República española.

Keywords: Creoles, Spain, exile, Francoism, Spanish generation of the Mid-Century, Mexican generation of the Mid-Century, Spanish Civil War, Spanish Mexicans, literature, Mascarones, Mexico, poetry, post-Mexican Revolution, Spanish Republic.

Para citar este artículo: López Aguilar, Enrique, “El lugar de los escritores hispanomexicanos en la historia literaria (I)”, en Tema y Variaciones de Literatura, número 64, semestre I, enero-junio de 2025, UAM Azcapotzalco, pp. 79-96.

Hacia una geografía de la ubicuidad

Durante el siglo XVI, ocurrió en México que, frente a una primera generación de emigrantes peninsulares deseosos de cambiar de fortuna, la siguiente, que no había elegido dicha mudanza, se sintiera diferente respecto de la anterior, no sólo por tener la certera sensación de tratarse de “españoles de segunda” en su propia tierra, sino porque el hecho de ser hijos de españoles no les daba la pertenencia ni la memoria de un lugar al que no conocían más que de oídas: España; además, tampoco sentían una plena pertenencia a Nueva España porque las leyes españolas daban preferencia a los peninsulares y porque la Conquista era algo demasiado reciente como para que el criollo desarrollara, respecto a estas tierras, relaciones de ternura como pudiera ser el caso de las tenidas por las comunidades indígenas. Es cierto, pocos de ellos llegaron a América como niños y, si lo hicieron, no fue como exiliados, pero en algo se parece su condición sentimental y ontológica a la de los transterrados de la segunda generación del siglo , pues ni eran plenamente españoles ni habían elegido hallarse entre dos tierras, no eran chicha ni limonada: sin los derechos ni las memorias de sus padres y sin sentirse parte de las tierras americanas con plenitud, tuvieron que vivir entre la herencia de esos recuerdos y la dura evidencia de no pertenecer del todo al lugar donde habían nacido o al que habían llegado desde pequeños. Desde este punto de vista, la línea fronteriza desde la que Luis Rius percibe a la generación hispanomexicana es casi la misma en donde vivieron los primeros criollos de Nueva España, particularmente los del siglo XVII, en quienes se agudiza la conciencia de este hecho.

Si la palabra “extrañeza” permitiera definir la experiencia novohispana del siglo XVI, tal vez “diferenciación” sería una de las claves para penetrar muchos de los sentidos del XVII, no porque la cultura barroca novohispana se haya caracterizado por una ruptura radical con España, sino porque fue el siglo en el que la certeza de las diferencias se hizo más palpable. Esto es comprensible si se piensa que el quehacer cultural del siglo XVI estuvo repartido, muy acentuadamente, entre los españoles recién arribados a las Indias (es el caso de González de Eslava, Pedro de Trejo, Juan de la Cueva, Francisco de Terrazas, Bernardo de Balbuena, de los cronistas, de los evangelizadores y de muchísimos otros) y los indígenas, todavía en proceso de asimilación, evangelización y de ser empleados como mano de obra para ciertos proyectos de aculturación peninsular. En este sentido es que Octavio Paz afirma:

La generación de poetas españoles que encontró asilo entre nosotros fue numeroso y diverso. No me refiero a los poetas que llegaron a México cuando eran niños y que aquí se formaron, pues sus obras son parte de la literatura mexicana contemporánea. Siempre he visto a Ramon Xirau, Tomás Segovia, Manuel Durán, Gerardo Deniz, Luis Rius, Jomí García Ascot, José Pascual Buxó y Enrique Rivas —para citar a los más conocidos— como poetas mexicanos. Mejor dicho, hispanomexicanos. No han sido los únicos: también lo fueron, en el siglo XVI, Hernán González de Eslava, Bernardo de Balbuena, Juan Ruiz de Alarcón y, en el XVII, Agustín de Salazar y Torres.¹

¹ Octavio Paz, “México y los poetas del exilio español”, p. 311.

El siglo XVII, inicio de la cultura criolla, propiamente dicha, fue producto de los descendientes de españoles nacidos en segunda, tercera o cuarta generación en Nueva España. El sentimiento de despojo se extendió por muchos de los textos que se conservan de ese siglo: el peninsular venía a Nueva España a “hacer la América” y, para ello, contaba con el respaldo de leyes y reglamentaciones comerciales, sociales y políticas; el criollo, en cambio, nacido en tierra mexicana, tenía que resignarse a ser, frente al advenedizo, un “ciudadano” de segunda (si se tolera el anacronismo).² Desde entonces, a ese grupo de peninsulares emprendedores y aventureros que “venían a hacer la América” se les conoció como *gachupines*. Más tarde, en el siglo XVIII, la expulsión de los jesuitas de todos los territorios españoles en 1767 produjo un resultado contraproducente para los intereses peninsulares, a pesar de que su exilio retrasó considerablemente el proceso independentista en América: la primera constatación de la nostalgia de la nación en voz de un grupo de hispanoamericanos. Un siglo y medio después, varios intelectuales iban a confirmar la necesidad de alejarse

² Para el sentimiento de despojo, debería rastrearse una costumbre política contemporánea en los modos políticos novohispanos: muchos virreyes llegaban a Nueva España con sus familiares, amigos y validos para enriquecerse durante el período que les tocara en suerte; después, regresaban a Madrid, sin haber dejado nada en el Virreinato, salvo su memoria y su inaccesibilidad (no había denuncia capaz de alcanzar a un exvirrey). Esa costumbre prexenalista también se detalla en muchas de las crónicas contemporáneas como una sensación afrentosa frente a la prepotencia peninsular.

del terruño para hablar mejor de él, con la distancia y la objetividad que el exilio trae consigo: Borges, Carpentier, Cortázar, Fuentes, García Márquez, Cabrera Infante y muchos otros mostrarían las ventajas de ese camino, si bien es cierto que el exilio voluntario y culto no produce los mismos efectos que el político y obligado; exilio que, por otra parte, en muchas ocasiones sólo se trató de un viaje prolongado, como en los casos de Borges, Fuentes y García Márquez; o de una elección motivada por disensos políticos, como en los de Cortázar y Cabrera Infante; o la extensión de una misión diplomática, como en el de Carpentier. Sin embargo, la primera generación exiliada de Hispanoamérica descubrió lo que las más recientes han formulado con lucidez: la idea de que perder así a la patria es reencontrarla.

No deja de ser raro hablar de “patria” en este contexto, pues ése no era un concepto que hubiera fomentado España en sus colonias si no fuera para, vagamente, remitirlo a la propia España; por otro lado, la idea de nación, tal como se comenzó a entender después de 1789 en Europa, aún no era la que podían emplear los novohispanos para pensar en sí mismos. Lo más interesante de este grupo de jesuitas exiliados radicó en resultados intelectuales y en comentarios subjetivos que, en ese momento, casi tuvieron la validez de un juicio: el extrañamiento de Nueva España o, más propiamente, de México, hizo sentir a los mexicanos en Bolonia que sus raíces no se originaban en Roma, la capital de su orbe eclesiástico, ni en España, la metrópoli de las culturas americanas, sino en ese lejano cúmulo de paisajes y querencias al que no

podieron regresar. Cuando Francisco Xavier Clavijero, Francisco Xavier Alegre, Diego Abad, Rafael Landívar, Andrés Cavo, Andrés de Guevara y Bezoazábal, y muchos otros se vieron en la necesidad de reconstruir su mundo afectivo, en Italia y sin archivos, tal vez no se dieron cuenta de que estaban formulando por vez primera un discurso mexicano que estallaría cuarenta y tres años después, no sin otros antecedentes, en la revuelta independentista. No importa que para lograrlo hayan empleado la lengua latina en lugar de la castellana: debe recordarse que, desde la segunda mitad del siglo XVI, cuando la Compañía de Jesús llegó a Nueva España, se encargó de fomentar una sólida cultura neolatina, paralela a la española, en la que se expresaron casi todos los intelectuales jesuitas, tanto para escribir teatro como poesía y tratados filosóficos o históricos y biográficos. Rigurosamente hablando, la obra de los jesuitas exiliados nos propone su sentimiento del exilio mexicano en latín.

Lo que siguió en México, después de 1810, no sólo es Historia, sino otra clase de historia. Resulta más pertinente establecer un arco especular entre la educación sentimental de los criollos de los siglos XVII y XVIII con los jóvenes poetas que salieron de España junto con sus padres después de la Guerra Civil: ambos grupos comparten una sensación de “extrañeza” y “diferenciación” pero, mientras los criollos fueron articulando una suerte de apoderamiento de lo americano como necesaria señal de identidad para entenderse frente a lo español, la generación hispanomexicana vivió, en términos generales, una

complicada sensación de exilio, la cual se manifestaba en una prematura nostalgia de lo peninsular, no obstante que esa clase de experiencia española resultara vicaria, fruto del encapsulamiento cultural propiciado por la primera generación de los exiliados, de las romerías españolas en México, de las charlas acerca de la Madre Patria, de las maletas puestas detrás de la puerta durante cuarenta años para regresar a la Península y pasar las navidades en el terruño, de las lecturas de la tradición literaria española (con ignorancia no displicente de la mexicana y la hispanoamericana), así como de todas las cosas que en México pretendían ser España: todo un artificio, un remedo vivaz sin Madrid ni Barcelona ni Sevilla, sin nada de las cosas que a los cafetines y bares peninsulares les otorgan ese peculiar sabor de *allá*.

Me parece que Octavio Paz resume bienamente todo lo expuesto hasta aquí:

[...] La fuga de los poetas españoles recuerda la fuga de los heterodoxos españoles de los siglos xvi y xvii o las emigraciones de liberales y románticos en el siglo xix [...] la guerra civil española y la emigración republicana son un capítulo de otra historia igualmente tormentosa: la de las relaciones entre México y España. A su vez, esa relación es parte de otra historia más vasta: América y España. Es una historia que comienza con el descubrimiento y la conquista, comprende tres siglos de dominación interrumpidos por el gran estallido de la Independencia [...] Es la historia de un conocimiento, un desconocimiento y un reconocimiento. Comenzó con el súbito, involuntario y recíproco descubrimiento de dos mundos: el indio y el español. Fue un encuentro violento. Sobre el paisaje de ruinas que dejó la conquista se levantó otra sociedad. Este período

—llamado colonial con notoria inexactitud— fue de dominación, pero también de integración y conocimiento. En México fue un gran período creador.³

Acaso, la tercera generación, la de los hijos de los hispanomexicanos y nietos de los primeros exiliados, sea la primera de los nuevos criollos... o la de mexicanos, o la de binacionales, considerado el hecho de que ya no hay obstáculos que impidan el libre tránsito entre México y España, favorecedores del sentimiento de nostalgia por un país referido en charlas evocativas, además de que la globalización actual casi permite comunicaciones e imágenes instantáneas de lugares antes remotos. Incluso, no es imposible que para esa tercera generación las cosas del exilio y de la guerra sean historias de abuelos, que ya no les atañe directamente.

Así como un *gyro* ateniense o un *kebab* de Estambul son meras evocaciones aproximativas para ciertos gustos mexicanos, apenas reminiscencias de un taco al pastor —tan erróneamente percibido como de acá—, y aun si el mexicano en Estambul se enterara de que el taco al pastor es hijo directo del *kebab*, el mexicano usual, fuera de su patria, estaría reacio a dispensar la falta de cebolla, cilantro, piña y *salsa pico de gallo* en un objeto culinario compuesto con pan árabe, carne y yogurt; desde luego, se encontraría menos dispuesto

³ Octavio Paz, “México y los poetas del exilio español”, pp. 308-309.

a reconocer que su taco no es sino una variante de aquello que le parece extranjero; así, de manera semejante pero invertida, los españoles del transtierro, aun cuando se hallaran en tierras donde se hablaba español y se producían objetos culturales heredados de tres siglos de virreinato, muchas de las cosas de *acá* les parecieron reflejos entre extraños, atenuados y deformados de las vividas *allá*. No en balde, Teresa Miaja dice lo siguiente de los cafés mexicanos de la época de la migración, en comparación con los españoles:

[...] los cafés, de los que la urbe [mexicana] sólo tenía lo que desde la óptica española eran remedos silenciosos y recatados, [estaban] reducidos a la función de ser lugares de tránsito momentáneo. Así los miró Juan Rejano. Establecimientos melancólicos, amodorrados.⁴

Sin negar la triste certidumbre de lo afirmado por Miaja, puesto que la tradición de los cafés ha tardado en arraigar en México (no obstante su relativa instauración desde el período porfiriano), en la comparación citada no deja de ser intencionada la palabra *remedo*, como si los cafés mexicanos se hubieran propuesto, deliberadamente, ser malas imitaciones de los peninsulares; en esa misma tesitura, para cierta sensibilidad nacional, los *kebab* turcos y los *gyros* griegos son remedos insípidos de los mexicanos tacos al pastor. Para un mero apunte de costumbres, cabe comentar que,

⁴ Teresa Miaja de Liscy y Alfonso Mejía Nava, "Creación de organismos, mutualidades, centros de reunión, instituciones académicas", p. 108. [El subrayado es mío.]

desde los tiempos virreinales, la costumbre mexicana para la tertulia no fue tanto la del café, sino la del chocolate y la merienda, y era más frecuente ejercerla en las casas que en los lugares públicos, pues no existía la costumbre de convivir en fondas, cafés ni cantinas, la cual se fue construyendo como una tradición reciente posterior a la Revolución.

Otra diferencia entre el grupo de criollos y el de los hispanomexicanos es que estos no buscaron competir con la generación de sus padres ni con la de los "gachupines" por cuestiones pecuniarias ni de adquisición de derechos políticos; además, si el grupo hispanomexicano compartía con sus padres una nostalgia por un país medianamente inventado y muy fabulado (para ellos), los criollos no consideraban, en general, la posibilidad de regresar a la Península: herederos de quienes habían venido a "hacer la América", lo que les importaba era que la Corona les diera los mismos derechos que a los peninsulares para seguir explotando el territorio americano. Desde este punto de vista, los criollos tenían una visión "gachupina" con que los hispanomexicanos no contaban.

La semejanza más cercana radica en que ambos grupos llegaron a tener la sensación de ser extraños en México: ni españoles, ni mexicanos. Sin embargo, en términos poéticos, los españoles que llegaron a México desde el siglo xvi siguieron escribiendo aquí como se escribía allá, y los criollos, adaptando las formas peninsulares, comenzaron a buscar su propia manera de hacer poesía, con temas, palabras, paisajes o sensibilidad americanas.

En cambio, el grupo hispanomexicano se enfrentó a curiosos dilemas expresados por las actitudes de autores como Gerardo Deniz, Tomás Segovia y Manuel Durán, o por algunas tentativas mesticisantes, como algunas de las que se hallan en la poesía de Blanco Aguinaga y Rodríguez Chicharro, o por la zambullida en la literatura inglesa para zafarse de la hispánica, como en el caso de Federico Patán; aunque parezca que los estudios y la poesía escrita por algunos de ellos se obstinan en parecer españoles para permanecer en el ámbito hispánico, como en los casos de Rius y Parés, es cierto que algo de su obra poética suena "española" para los oídos mexicanos aunque, paradójicamente, Ángel González comenta una incertidumbre parecida para los oídos peninsulares:

[...] si comparamos [la obra poética de Luis Rius] con la obra de sus coetáneos en España se nos muestra, en efecto, extraña. Su base tradicional es muy fuerte (la recreación del estilo del romancero al comienzo, por ejemplo) y en sus preferencias de versos no encontramos experimentación métrica ni rítmica, sino adaptación de los recursos a su necesidad expresiva íntima. Tampoco hay experimentación con el lenguaje, que necesariamente carece de esa busca del realismo coloquial y de la expresividad cotidiana que marca a Ángel González y sus compañeros. Igualmente le es ajena la dimensión de la crítica social o la descripción patética e irónica de la realidad urbana y cotidiana; mucho más cualquier significado político.⁵

⁵ José Paulino, "La poesía de Luis Rius. Estudio", en *Cuestión de amor y otros poemas*, p. 198.

La Generación Mexicana del Medio Siglo

Para la literatura, después de varios años con fiestas de balas, Pérez Jolotes y dioseros, años que no dejaron de tolerar la colaboración "nacionalista" de autores como Traven y Steinbeck, tampoco parecía haber más camino que ése. Los mismos José Revueltas y Rosario Castellanos se acercaron a la literatura del momento con obras como *Dormir en tierra* y *Oficio de tinieblas*, aunque su mirada no fuera complacientemente folclorista o costumbrista como las de Mauricio Magdaleno o José Rubén Romero. Después de la condenación gritona del "universalismo" desde los foros mayúsculos de los veinte, de la caricatura de los intelectuales disidentes en los murales públicos y del dictamen de afeminamiento de cuanto olera a malinchista, el trabajo de muchos autores quedó, si no en el relegamiento, sí en los márgenes del "camino mexicano".

Visto desde el tiempo nacionalista, parece difícil entender cómo se llegó a los cambios ocurridos en la literatura de los cincuenta y cómo *La región más transparente* fundó otra nueva modernidad narrativa de México. Sin embargo, hay una línea ancilar que viaja desde algunos autores del Ateneo de la Juventud, pasa por Ramón López Velarde y el grupo de la revista *Contemporáneos*, más adelante a los de las revistas *Taller* y *Pan* y, finalmente, desemboca en 1958, cuando el Fondo de Cultura Económica publicó la primera novela de Carlos Fuentes. Aparte de los autores en los que este autor fue abrevando con sus

lecturas, son insoslayables los antecedentes de otros que prepararon en México, directa o indirectamente, la madurez narrativa y conceptual de dicha obra: Julio Torri, Martín Luis Guzmán, Alfonso Reyes, Octavio Paz, Juan José Arreola y Juan Rulfo. Los perfiles de esa línea muestran que el conflicto entre “nacionalistas” y “universalistas” no fue una desavenencia de temas sino de maneras, pues los últimos también escribieron acerca de México, sólo que sin el carácter propagandístico de los primeros y sin la intransigencia de sus posiciones. De hecho, el acercamiento al país estaba más tamizado por la perplejidad que por la certidumbre y más por el sano apoyo en los autores de otras latitudes que por la autosuficiencia de las “raíces”.

Cuando los intelectuales del Ateneo de la Juventud propusieron más cultura griega, alemana y sajona que positivismo francés, mucho de la vertiente “universal” despuntó con ellos en 1905; cuando Ramón López Velarde escribió un poema patrio con “épica sordina”, adelantó un tono de reflexión sobre los asuntos cívicos que, más bien, se dejó de lado por la cultura oficial de los treinta años posteriores a la publicación de “La suave Patria”; cuando Villaurrutia, Novo, Gorostiza y Cuesta, junto con los demás intelectuales que los acompañaron en los proyectos del teatro “Ulises” y la revista *Contemporáneos*, intentaron difundir la obra y el pensamiento de corrientes norteamericanas y europeas, así como de las vanguardias hispanoamericanas, el camino de lo “universal” quedó francamente abierto, no obstante la rechifla del belicoso “nacionalismo”. La biografía intelectual de

los siguientes relevos ofrece la constatación de una curiosidad que los llevó lejos de México, sin perderlo de vista: Octavio Paz fue lector atento de la cultura poética contemporánea, en español y otras lenguas, como lo demuestra su colaboración en la antología *Laurel*; Juan José Arreola fue uno de los primeros difusores de Borges en México y uno de los primeros en aclimatar con originalidad las exploraciones del escritor argentino; Juan Rulfo, lector de narradores norteamericanos y escandinavos, acometió la empresa de retomar todos los temas de lo “nacional” para darles un tratamiento inusitado. Así, antes y cerca de la publicación de la primera novela de Fuentes, ya existía un marginal repertorio “mexicanista” escrito por los autores no oficiales, repertorio que prefirió alejarse del folclor y de la celebración incondicional del mundo revolucionario: *La sombra del caudillo*, de Guzmán; “La suave Patria”, de López Velarde; los gimnásticos paisajes mexicanos descritos por Novo; *Con la X en la frente* y “Visión de Anáhuac”, de Alfonso Reyes; las obras ya citadas de Arreola, Rulfo y Octavio Paz... El catálogo no es exhaustivo, pero muestra que la corriente marginada por la cultura oficial también se ocupó de los temas que atareaban a ésta, sólo que lo hacía de otro modo y con distintas herramientas.

Cuando Fuentes publicó *La región más transparente*, ya existían las condiciones para que una novela como ésa tuviera los alcances que le son peculiares. Sin embargo, no fue una obra que repitiera lo que otros narradores mexicanos ya hubieran explorado, sino que funcionó, a la vez, como síntesis y avanzada de la nueva

narrativa mexicana. Al hacerlo, se incorporó a las búsquedas de la corriente “universal” y fundó con ella una ilustre genealogía, precursora de sus resultados. Desde el punto de vista cronológico, *La región más transparente* es una de las últimas obras de la serie que, en los cincuenta, ejerció la ruptura con la tradición nacionalista de México; sin embargo, desde el punto de vista de lo que inauguró, al sintetizar una tradición que llegó a ella y al descubrir nuevos territorios, fue la primera de otra serie en la que los escritores jóvenes (incluido el propio Fuentes) fundarían el camino de lo que se puede considerar la modernidad literaria del país.

La nómina de la llamada Generación Mexicana del Medio Siglo es muy amplia e incluye a narradores, poetas y ensayistas nacidos entre 1925 y 1939: Salvador Elizondo, Juan García Ponce, Sergio Pitol, Jorge Ibargüengoitia, Inés Arredondo, Juan Vicente Melo, Huberto Bátis... Muchos de ellos fueron iconoclastas, irreverentes, cinéfilos “de no muy buenas costumbres”, según José de la Colina; fue “la generación alcohólica”, a decir de Juan García Ponce. Un segmento de la Generación de Medio Siglo fue la que en los años sesenta convirtió a la Casa del Lago en uno de los centros más destacados de la vanguardia artística. Al referirse a Federico Patán, uno de los escritores hispanomexicanos, Alfredo Pavón, ensayista veracruzano, afirma:

Si nos atenemos a la fecha de su nacimiento, Federico Patán forma parte de la generación del Medio Siglo: Emilio Carballido (1925) [...] – José Emilio Pacheco (1939). Si recurrimos a su lugar de nacimiento y a su

país de formación existencial e intelectual, se integra al grupo hispanomexicano, esto es, a aquellos escritores que vieron la luz primera en España y después se trasladaron a México, si bien algunos de ellos continuaron después su viaje: Roberto Ruiz (1925), Tomás Segovia (1927), Arturo Souto Alabarce (1930), Pedro E. Miret (1932), José de la Colina (1934), Angelina Muñiz-Huberman (1936).⁶

Más tarde, el mismo Alfredo Pavón corregirá (siempre refiriéndose a la vertiente narrativa de Patán y a los narradores mexicanos de la Generación del Medio Siglo):

Vino de allá, Gijón, Asturias, España, donde naciera, en 1937, para pertenecerle también a México, al cual arribará en 1939, tras breve residencia en Francia. Y en este acá, entrañable, fundó, con su trabajo de traductor-antologador, poeta, ensayista, periodista cultural, novelista y cuentista, uno de los veneros más proteicos de las letras mexicanas del siglo xx. Vino de allá y acá se le vinculó, por su fecha de nacimiento, con la Generación del Medio Siglo –Emilio Carballido (1925), Sergio Galindo (1926), Inés Arredondo (1928), Jorge Ibargüengoitia (1928), Amparo Dávila (1928), Carlos Fuentes (1928), Margo Glantz (1930), Juan García Ponce (1932), Salvador Elizondo (1932), Tomás Mojarro (1932), Juan Vicente Melo (1932), Sergio Pitol (1933), Elena Poniatowska (1933), Vicente Leñero (1933), Beatriz Espejo (1936), Juan Manuel Torres (1938), José Emilio Pacheco (1939)–; por su lugar de nacimiento y por el país donde se formó existencial e intelectualmente (México), con el grupo hispanomexicano –Roberto Ruiz (1925), Tomás Segovia (1927), Arturo Souto Alabarce (1930), Pedro F. Miret (1932), José de la

⁶ Alfredo Pavón, *Te llamamos Federico*, p. 15.

Colina (1934), Angelina Muñiz-Huberman (1936)–; por sus intereses narrativos con dos miembros de la Generación del Medio Siglo, Sergio Galindo y José Emilio Pacheco [...], y con el grupo de la *Revista Mexicana de Literatura*, especialmente Inés Arredondo, Juan García Ponce y Juan Vicente Melo [...], también a algunos de los hispanomexicanos, como José de la Colina y Angelina Muñiz-Huberman.⁷

Curiosamente, será la española Susana Rivera –viuda del poeta Ángel González– quien vincule a los escritores de la segunda generación exiliada con los poetas del Medio Siglo Mexicano:

El grupo hispano-mexicano coincide con la generación española del ‘medio siglo’. En México habrá que situarlo entre los poetas de la promoción de los 50, nacidos entre 1920 y 1925 (Jaime Sabines, Rosario Castellanos, Jaime García Terrés) y el grupo de poetas más jóvenes, nacidos después de 1930 (Juan Bañuelos, José Emilio Pacheco, Gabriel Zaid, Homero Aridjis, entre otros).⁸

Antes de insertar mecánicamente a los escritores del grupo hispanomexicano dentro de la corriente generacional mexicana que parece serles propia, debe recordarse que el exilio español en México incidió en muchas de las transformaciones del país. La llegada de los exiliados a Veracruz, entre 1939 y 1942, coincidió con el momento en que aquí comenzaban a fermentar muchas ideas de cambio respecto al nacionalismo a ultranza, producto de la Revolución.

⁷ Alfredo Pavón, “Elegir es arder”, en *La dicha del escritor...*, pp. 39-41.

⁸ Susana Rivera, *Última voz del exilio*, p. 37.

La primera generación de exiliados trajo consigo profesionistas, empresarios, artesanos e intelectuales que ayudaron a cambiar la percepción de las cuestiones nativas: desde la fundación de la Casa de España en México y, luego, del Colegio de México, hasta la aparición de cafés, editoriales, revistas y escuelas de educación básica y media, inspiradas en el modelo de la Institución Libre de Enseñanza. Esa primera generación española coincidía, por edad, con los grupos que, en ese momento, hacían la cultura más visible de México pero, también, con los que comenzaban a pensar en otra manera de producirla.

Por lo mismo, no es accidental que los hijos de los exiliados coincidieran, por edad e intereses, con los mexicanos que después formarían la Generación del Medio Siglo. Además, muchos mexicanos e hispanomexicanos fueron compañeros en la Universidad, sobre todo en Mascarones, de lo cual queda evidencia en la llamada *Antología Mascarones*: Inocencio Burgos, José Pascual Buxó, Luis Rius, César Rodríguez Chicharro y Tomás Segovia –por parte de los hispanomexicanos–, compartieron espacio en la mencionada antología junto con los mexicanos Jesús Arellano, Héctor Azar, Rosario Castellanos, Dolores Castro, Luisa Josefina Hernández, Margarita Paz Paredes y Jaime Sabines. Posteriormente, la colaboración del primer grupo hispanomexicano con la Generación del Medio Siglo fue diversa: Carlos Blanco Aguinaga participó con Tomás Segovia y Carlos Fuentes en la *Revista Mexicana de Literatura*; más adelante, el mismo Segovia fue integrante del grupo mexicano que

configuró el segmento conocido como de la Casa del Lago, y García Ascot se enfiló como crítico de artes plásticas y de cine en diversas revistas mexicanas. En otro nivel, Manuel Durán estuvo cerca de Octavio Paz y del Fondo de Cultura Económica, editorial igualmente influida por el ímpetu exiliar.

Dentro del primer segmento de hispanomexicanos, Nuria Parés se encontró alejada de la cultura mexicana, en general (incluso de la de su horizonte personal, la de los hijos de los exiliados); tal vez pueda decirse que el encuentro entre el segundo segmento (Rodríguez Chicharro, Pascual Buxó, De Rivas, Rius) y la Generación del Medio Siglo ocurrió, primero, en Mascarones, salvo Rius, quien siempre tendió a mirar más a lo español que a lo mexicano. En cuanto al tercer segmento generacional, el de Perujo, Deniz, Muñiz-Huberman y Patán, pareciera más claro que su incorporación al impulso generacional del Medio Siglo fue paulatino, cuando se integraron más plenamente al medio cultural con su trabajo creativo. No sólo Perujo emigró a Italia, sino que Deniz, Muñiz-Huberman y Patán vivieron en entornos más mexicanos que españoles, y sus publicaciones fueron más tardías que las del resto de los hispanomexicanos, incluso por la mera lógica de sus respectivas fechas de nacimiento.

Al margen de trayectorias e incidentes personales, debe considerarse que la obra y las personas del grupo hispanomexicano son una vertiente inconfundible de la Generación Mexicana del Medio Siglo, cuya nómina es, de por sí, abundante y variada, con muchos grupos internos y no escasas peculiaridades entre los escritores que

fueron nativos “por nacimiento”. Aunque los hispanomexicanos respiraron su primer aire dentro de una atmósfera española, la vida los fue llevando progresivamente al contacto con los escritores mexicanos y a un entorno cultural que ya no era el de España. Asimismo, si en un primer momento algunos de ellos trataron de escribir para los demás exiliados, terminaron avanzando en un proceso de asimilar lo mexicano y de ser asimilados por la cultura mexicana, salvo en el caso de quienes, por su “fronterismo”, prefirieron mantenerse dentro de una curiosa burbuja peninsular, como Parés y Rius. Otros, más *nepantlas*, se quedaron “entre las dos tierras”, como Durán, Blanco Aguinaga, García Ascot, Segovia, De Rivas y Perujo, aunque nunca dejaron de tener un pie en México. Y el resto del grupo siempre se mantuvo aquí.

No sé si la siguiente cita tenga valor epistemológico, pero lo tiene testimonialmente. Ante la misma pregunta, para una entrevista, Carlos Blanco Aguinaga [CBA] y Federico Patán [FP], en las antípodas generacionales hispanomexicanas, respondieron lo siguiente:

¿Les parece adecuada la nomenclatura “hispanomexicanos” para referirse a ustedes, prefieren nepantla, españoles o mexicanos? ¿Pertenecen a la generación mexicana del Medio Siglo, a la española, o a una *nepantla*?

CBA: Lo mejor es hablar de generación hispanomexicana, aunque para mí (como para Roberto Ruiz y Manuel Durán) el mejor término sería *nepantla*. Además, según la anécdota del indio y el padrecito que le preguntó que cómo estaba, “*nepantla*” lo incluye todo: ser de un lugar y no serlo. No importa demasiado, aunque si a alguna “generación” pertenecemos tal vez sea a la

mexicana del Medio Siglo y, desde luego, no a la española.

FP: Pienso que “hispanomexicanos” define nuestra situación de mexicanos.⁹

La Generación Española del Medio Siglo

Al concluir la Guerra Civil con la derrota de la República, en 1939, se comprobó lo que era manifiesto desde el comienzo de la misma: la represión como estilo fascista, el silenciamiento de las disidencias, la desaparición de “los otros”. Si, de hecho, una parte considerable de la guerra no fue sino un acto de resistencia por parte de la República, abandonada por las potencias occidentales (que deseaban la desaparición del comunismo y ensayaban en España lo que suponían se repetiría durante una futura guerra entre el Eje y la Unión Soviética —es decir, la mutua destrucción de fascistas y comunistas—) y enfrentada al aprovisionamiento que Alemania e Italia daban a las tropas insurrectas, los exilios iniciados desde el mismo año de 1936 tendrían que haber avisado a los menos prevenidos que la derrota de la República (dividida, además, por las pugnas entre socialistas, comunistas y anarquistas) era un desenlace anunciado. La caída de la Segunda República el 1 de abril de 1939 no llevó paz a España sino, en lo inmediato, el pendenciero ajuste de cuentas de parte

de los fascistas triunfantes contra los republicanos visibles que no lograron salir de España, como en el caso de Miguel Hernández, cambiado de prisión una y otra vez hasta que murió, contagiado de tuberculosis, tres años después del fin de la guerra. De hecho, el asesinato de dos poetas abre y cierra una primera etapa de la represión vengativa de los “nacionalistas”: el de Federico García Lorca, el 18 de agosto de 1936, y el de Miguel Hernández, el 28 de marzo de 1942. Con éstas y otras muchas —incontables— muertes, se veía cumplido el exabrupto de Millán-Astray dirigido contra Unamuno en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, el 12 de octubre de 1936: “¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!”.¹⁰

Una vez comenzado el “apaciguamiento” —lo que daría paso a 36 años de “*pax* franquista”—, una novela que se ubicaría en la corriente conocida como “tremendismo”, *La familia de Pascual Duarte* (1942), de Camilo José Cela, dejó al descubierto cierta manera de hacer literatura que se extendería en España durante casi cuatro décadas de fascismo: en narrativa, una tendencia hacia un “nuevo” realismo, con una suerte de vertiente meditativa para entender los años de la guerra y la posguerra, si bien la censura franquista impidió que los narradores lograran ir más allá de los límites impuestos por la versión oficial de los hechos, con lo cual fue difícil que la novela y el cuento españoles tuvieran una posición abiertamente crítica hacia el estado de las cosas. De hecho, la novela

española del período extendido entre 1942 y 1970 tuvo que volverse relativamente lateral, hiperbólica, irónica o metafórica cuando pretendía filtrar mensajes que no fueran conformistas (me parece el caso de *Nada*, de Carmen Laforet; de *El Jarama*, de Sánchez Ferlosio; y de *Últimas tardes con Teresa, de Marsé*). Tentativas cercanas a la recreación de mundos mágicos, como la de *Alfanhuí*, del mismo Sánchez Ferlosio, no fueron muy abundantes en el panorama posterior a los años cuarenta y más bien se apreciaba una suerte de ensimismamiento entre los narradores: hablar de España para los españoles, con un lenguaje que no provocara las suspicacias de la censura (incluso, con un estilo poco propenso a los excesos experimentales). Así, un lema para los escritores españoles de la Generación del Medio Siglo bien pudo ser ese pareado que, se dice, fue escrito sobre uno de los muros de alguna de las mazmorras de la Inquisición, en México: “A callar, a callar, / que aquí pegan por hablar”.

Es a esta condición de los republicanos que permanecieron en España y que tuvieron que adaptarse a un medio ideológico hostil para sobrevivir, a la que Carlos Blanco Aguinaga llamó “exilio interior”, aunque es claro que Blanco Aguinaga no se refiere exclusivamente a los escritores, sino a todos los simpatizantes o antiguos activistas de la República, independientemente de su actividad profesional. Este exilio interior, en el siglo XX, sería paradójicamente simétrico al fenómeno de los judíos conversos durante la España de los Reyes Católicos y los Habsburgos: el disimulo y el simulacro de la conversión como disfraces para no caer

en las redes del Santo Oficio, no obstante las convicciones personales.

La literatura producida en esta clase de ambiente cultural e ideológico produjo un gran desinterés en el resto de los lectores europeos y en los hispanoamericanos (mercado natural de la literatura española), lo cual fue conduciendo hacia una crisis editorial peninsular, pues dejaron de aparecer escritores “exportables”, no obstante que la trilogía del oficialista José María Gironella (*Los cipreses creen en Dios*, *Un millón de muertos* y *Ha estallado la paz*) tuvo un éxito relativo fuera de las fronteras peninsulares, particularmente entre los lectores gachupines y los simpatizantes del franquismo.

El tamaño de esa crisis puede medirse con los esfuerzos de las principales editoriales españolas, que decidieron unir sus esfuerzos con otras europeas para fundar el premio Formentor a finales de la década de los cincuenta, cuya finalidad era la de descubrir “nuevos valores” que permitieran recuperar el maltrecho panorama editorial europeo de la posguerra (el primer premio lo obtuvieron en 1960, compartidamente, los para la Europa Occidental “nuevos valores”: Jorge Luis Borges y Samuel Beckett). Más adelante, a comienzos de los años sesenta, la misma crisis hizo que editoriales como Seix Barral volvieran los ojos hacia Hispanoamérica (y hacia lo que se llamaría mercadotécnicamente el *boom* latinoamericano) para poner en el mercado de los libros a escritores como Vargas Llosa, Vicente Leñero y otros muchos de este lado del Océano. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido con los narradores, los poetas lograron sortear con más éxito el problema

⁹ Enrique López Aguilar, “Dos miradas hispanomexicanas. Entrevista con Carlos Blanco Aguinaga y Federico Patán”, en *La Jornada Semanal*. (Supl. cult. de La Jornada; México, D. F.) 29 de junio de 2008, núm. 695, p. 5.

¹⁰ V. Hugh Thomas, *La guerra civil española. 1936-1939*, pp. 546-550.

de la censura, tal vez por la ambigüedad del lenguaje poético, de manera que no es exagerado decir que la Generación Española del Medio Siglo fue mucho más rica en poesía que en narrativa, aunque ésta se haya cultivado obstinadamente. Éste es, en general, el parecer de Ángel González:

[...] la guerra civil y sus consecuencias acabarían siendo el efecto traumático o la materia de reflexión que configuran, en principio, uno de los denominadores más comunes de la generación del medio siglo o de “los niños de la guerra” — como también fue llamada [...]—, esa promoción no puede darse por completa hasta que en ella se integren los poetas que, dispersos prematuramente por el exilio, escribieron bajo la presión de las mismas circunstancias.¹¹

Que la Guerra Civil significó una ruptura con una especie de siglo de plata que se gestaba en las letras españolas, es algo reconocido casi unánimemente. Baste recordar el número de generaciones congregadas entre la masa de exiliados (y no me refiero exclusivamente a escritores e intelectuales, sino a quienes, por su edad, se corresponderían con esos grupos generacionales): algunos del 98, algunos novecentistas, muchos del 27 y algunos de lo que se llamaría la del 36. La violencia de esa guerra explica —así sea parcialmente— por qué la narrativa peninsular comenzó, después de 1939, desde un punto de partida muy diferente a lo que se estaba haciendo antes de 1936, aunque ése también fue el

¹¹ Ángel González, “Prólogo” a *Cuestión de amor y otros poemas*, p. 16.

caso de los poetas a los que se ha llamado “niños de la guerra”. No sólo se trató de una suerte de trauma generacional (pues ya se sabe que lo cruento de la Guerra Civil se debió, también, al experimento que se hacía en España como preparación de la crudelísima guerra europea por venir), efecto de una circunstancia bélica, sino a la salida de un elevado porcentaje de las mejores personas que, en todos los ámbitos, tenía la propia España y que garantizaban su continuidad en los ámbitos profesionales, académicos e intelectuales. España ha de estar acostumbrada a sortear estas vicisitudes, pues parece tener el hábito (dicho sin ironía), desde muchos siglos atrás, de censurar, exiliar y destruir lo mejor de ella misma bajo pretextos de ideología y religión, fenómeno que también desarrolló en sus antiguas colonias. Me parece que coincido con Víctor Fuentes cuando él afirma lo siguiente:

En la escindida historia literaria española contemporánea contamos con una generación del medio siglo, la de los niños de la guerra, quienes al crecer dieron un impulso renovador a nuestras letras, pero de esta generación se omite a los jóvenes literatos del exilio que escriben por las mismas fechas. Como ya destacara Susana Rivera y planteara el propio Ángel González, los poetas hispanomexicanos de la “última voz” deberían estar dentro de esa generación (rompiendo así de paso los restrictivos esquemas generacionales). Su obra enriquece nuestra poesía con la perspectiva de estos poetas españoles de América: quienes, por otra parte (y contrario a los que crecieron en el interior), representan una continuidad no rota con la gran tradición de la poesía española del primer tercio del siglo XX; pues la canción que

varios de nuestros grandes poetas se llevaron al exilio, ellos la recogieron de viva voz. León Felipe, Emilio Prados, Pedro Garfias, Cernuda, y otros, fueron una presencia viva para los jóvenes poetas hispanomexicanos. Hay pues, una continuidad, aunque con sus atisbos de ruptura, entre las generaciones poéticas del exilio. Sin embargo, aun los mismos críticos del exilio se quedan en los grandes nombres del exilio histórico y consideran a los que crecieron en él como una mera apostilla a esta literatura del exilio, ignorando o pasando muy por alto los nuevos valores y temas poéticos y culturales que aportaron estos nuevos poetas.¹²

Lo arriba afirmado entra en contradicción con lo que dice Peral G. Brown, quien percibe una familiaridad de los poetas del Medio Siglo español con la tradición reciente, anterior a la de la guerra:

[...] los mejores poetas jóvenes de la España actual [...] Francisco Brines, Claudio Rodríguez, Carlos Sahagún y el importante grupo barcelonés con Jaime Gil de Biedma, Carlos Barral y José Agustín Goytisolo [...] tiene[n] un estilo sobrio y completamente antirretórico y trata[n] de experiencias comunes más que de extrañas visiones de verdades eternas [...] No están aislados de la poesía europea y están familiarizados con las tendencias de la poesía española que se interrumpieron momentáneamente con la guerra civil.¹³

Me parece que debe matizarse lo dicho por Brown: una cosa es que los poetas del Medio Siglo conocieran la obra de sus ancestros y otra, que fueran sus

¹² Víctor Fuentes, “¿Últimas voces del exilio español en América?”, pp. 29-30.

¹³ Peral G. Brown, *Historia de la literatura española. El siglo xx*, p. 238.

continuadores. Los años cincuenta estuvieron dominados en España por la poesía social, y ésta subordinó las exigencias de estilo a una función testimonialista. Así, un lenguaje poético progresivamente desvitalizado se puso al servicio de unos temas que apenas admitían variaciones: sordidez de lo cotidiano, injusticia social, miseria, trabajo mecánico, vida sin horizontes, opresión política... Concuerdo con Fuentes cuando percibe una ruptura entre lo que se venía haciendo en España hasta 1936 y lo que comenzó a hacerse después de 1939, lo cual tiene mucho que ver con esa afirmación de León Felipe, menos revanchista que verdadera: “Nos llevamos la canción”, lo cual no significa que la poesía se haya mudado junto con los exiliados, sino que un gran porcentaje de lo mejor que se escribía en el ámbito poético se fue con los “derrotados”, quienes lo fueron políticamente, pero no literariamente. El argumento del inglés Brown parece una defensa no solicitada de los poetas españoles: afirmar que “no están aislados de la poesía europea” deja suponer que, en general, se les percibe como aislados de lo que hacían las generaciones europeas equivalentes; afirmar que “están familiarizados con las tendencias de la poesía española que se interrumpieron momentáneamente con la guerra civil” parece una carta de recomendación para que no se piense que los poetas del Medio Siglo son ignorantes de lo que se escribía hasta la Generación del 36, antes de la derrota republicana; el adverbio *momentáneamente*, como modificador del verbo *interrumpieron*, resulta irrisorio: la poesía de la Generación Española del Medio

Siglo (nombre dado al grupo por el novelista Juan García Hortelano) no sólo no se parece a la que escribían los mejores poetas de “antes de la guerra”, sino que tampoco tiene mucho que ver con la que han escrito sus contemporáneos hispanomexicanos. Me excuso de comentar la jocosa expresión browniana en la que éste dice que los poetas españoles del Medio Siglo no hablan de “extrañas visiones de verdades eternas”, *whatever it means!* No creo estar solo en estas meditaciones:

El mundo vivido y el mundo poetizado por los poetas españoles e hispanoamericanos están muy alejados. En cambio, hay un aspecto elegíaco, tratado desde la emoción del tiempo, de la fugacidad y de la memoria, que aparece muy próximo en poetas de ambas orillas, así como cierta reticencia que transparenta pero oculta las emociones más vivas.¹⁴

Esto lo dice José Paulino pensando en Luis Rius, en los poetas hispanomexicanos y en los españoles. ¿Debe considerarse que el “aspecto elegíaco, tratado desde la emoción del tiempo, de la fugacidad y de la memoria”, tiene algo que ver con las “extrañas visiones de verdades eternas”? Creo que no. No debe darse importancia a la valoración pintoresca de críticos o historiadores literarios como Brown, cuyo cometido parece más propagandístico o publicitario que de verdadera cavilación. En última instancia, los asuntos realmente importantes son la poesía y el texto, no los pretextos. Por lo demás, la manera como evolucionó la abundante

¹⁴ José Paulino, “La poesía de Luis Rius. Estudio”, en *Cuestión de amor y otros poemas*, p. 198.

promoción poética del Medio Siglo niega lo afirmado por Brown: José Manuel Caballero Bonald, Claudio Rodríguez, Vicente Núñez, José Agustín Goytisolo, José Ángel Valente, Ángel González, Eladio Cabañero, Ángel Crespo, Carlos Barral, Carlos Sahagún, Jaime Gil de Biedma, Francisco Brines, Manuel Mantero, Rafael Soto Vergés, Fernando Quiñones, Ángel García López, Enrique Badosa, Aquilino Duque, José Corredor-Matheos, Blas de Otero...

Retomo, aquí, el olvido en que parecen encontrarse los poetas hispanomexicanos dentro de la crítica literaria española y, peor todavía, en el hábito de la mayoría de los lectores peninsulares. Líneas arriba, eso lo sostienen Ángel González y Víctor Fuentes. Mucho antes que ellos, ya lo percibía Octavio Paz al reseñar un poemario de Manuel Durán y, mediante él, de los demás poetas del grupo mencionado, aunque Paz tiene la habilidad de mirar las críticas española y mexicana:

[...] nuestros críticos se obstinan en considerarlos como extranjeros y omiten sus nombres y sus obras en estudios y antologías mexicanos. Los de España, más soberbios y tajantes, ignoran hasta su existencia. Así, talentos tan claros como el poeta Tomás Segovia o el crítico Ramon Xirau viven en una especie de limbo, dos veces huérfanos de tierra, dos veces desterrados. Y la tacañería nos empobrece a todos los de habla española. Pero no nos asombremos demasiado: la moral de la época es contagiosa.¹⁵

¹⁵ Octavio Paz, “La paloma azul: Manuel Durán”, p. 309.

El texto precedente fue escrito en los años cincuenta. Desde entonces hacia acá las cosas han cambiado mucho en México y, ahora, la revaloración española parece obedecer (entre otros asuntos) a motivos de restañamientos de culpabilidad, semejantes a los que producen esos obligados arrepentimientos en los bisnietos de la Alemania Nazi, pues piden un inocente perdón por las pecaminosas culpas de los bisabuelos: “quienes somos hijos y nietos de los que causaron la brutalidad del exilio y quienes hasta antier ignoramos a los hijos de los exiliados, rescatemos, por lo menos, la poesía de esos muchachos”. Ángel González dijo: “[...] esa promoción [la del Medio Siglo español] no puede darse por completa hasta que en ella se integren los poetas que, dispersos prematuramente por el exilio, escribieron bajo la presión de las mismas circunstancias”.¹⁶ También, Víctor Fuentes: “En la escindida historia literaria española contemporánea [...] se omite a los jóvenes literatos del exilio que escriben por las mismas fechas”.¹⁷

Las citas anteriores corroboran el hecho de que, no obstante la percepción de algunos críticos y escritores, el grupo de poetas hispanomexicanos no tiene un lugar dentro de la literatura ni la crítica española: ni por afinidades estilísticas ni temáticas se les ha considerado parte de la generación peninsular del Medio Siglo. Sin embargo, las dubitaciones (si así pudiera llamarse al hecho categórico de la rotunda ignorancia

¹⁶ Ángel González, *loc. cit.*

¹⁷ Víctor Fuentes, *loc. cit.*

alrededor de un grupo de escritores que nació en España y, por causa de la Guerra Civil, debió salir al exilio junto con sus padres), también alcanza a las declaraciones de los escritores hispanomexicanos. Tomaré lo expresado por Federico Patán como muestra de lo que digo. Durante una entrevista concedida a Alfredo Pavón, él afirmó: “Hay dos problemas para ubicarme. Pertenezco a la generación hispanomexicana. Toda la crítica me coloca allí, pero generalmente lo hace a partir de la poesía. Me dicen: “Como poeta, perteneces a la generación hispanomexicana”. Después, está el problema de mi edad. En razón de mi edad, se supone que yo debí empezar a publicar [...] por ahí del sesenta y dos”.¹⁸

Hasta aquí, Patán distingue entre dos vertientes de su trabajo, la narrativa y la poética, y admite que, como poeta, es parte de la generación hispanomexicana. Sin embargo, en otra entrevista con César Güemes declaró:

[...] soy un caso un poco incómodo para la historia de las letras mexicanas [...] en el sentido de que como nací en España, vine de niño a México, no saben bien a bien qué hacer conmigo, no me pueden situar con facilidad más que dentro de la literatura del exilio. Yo creo que pertenezco, sí, por un lado, a este rubro; pero por otro lado, ya no. Sobre todo en narrativa, no caigo en esta clasificación. Mi narrativa pertenece netamente a la literatura mexicana.¹⁹

¹⁸ Alfredo Pavón, *Te llamamos Federico*, p. 79.

¹⁹ César Güemes, “Cada lector tiene que elegir a su crítico literario”, *El Financiero*, 12 feb. 1991:41, *apud* Alfredo Pavón, *Te llamamos Federico*, p. 16.

Así que, de acuerdo con lo afirmado con las propias palabras del autor, tendría que aceptarse que, como poeta, Patán es "hispanomexicano" y como narrador, "mexicano", lo cual sólo complica el galimatías de la ubicación del grupo, pues parece sugerirse que existe una suerte de identidad hispanomexicana, una mexicana y otra española. Además, Patán no usa el término "hispanomexicanidad" en la segunda entrevista citada, sino que emplea un término mucho más general: "literatura del exilio", con lo que se agrega un rasgo más de identidad. Entonces, no queda más remedio que vuelvan, rumorosas e insistentes, las preguntas: ¿Dónde está el lugar? ¿En México? ¿En España? ¿En el exilio? ¿En lo hispanomexicano? ¿En *Nepantla*: "entre dos tierras"?

Biblio-hemerografía

- Brown, Gerald G. *Historia de la literatura española. El siglo XX*. Vol. 6. 2ª. ed. Ariel, Barcelona, 1974 (© 1971). 275 pp. (Instrumenta, 6).
- Fuentes, Víctor. "¿Últimas voces del exilio español en América?", en *Sesenta años después. El exilio literario de 1939. Actas del congreso internacional celebrado en la Universidad de La Rioja del 2 al 5 de noviembre de 1999*. Universidad de La Mancha / Associació Dioces / Gexel, Madrid, 2000. pp. 29-42.
- López Aguilar, Enrique. "Dos miradas hispanomexicanas. Entrevista con Carlos Blanco Aguinaga y Federico Parán". *La Jornada Semanal*. (Supl. cult. de La Jornada; México, d. f.) 29 de junio de 2008, núm. 695, pp. 3-5.
- Miaja de Lisci, Teresa y Alfonso Maya Nava. "Creación, de organismos, mutualidades, centros de reunión, instituciones académicas", en *El exilio español en México. 1939-1982*. fce / Salvat, México, 1983 (© 1982). pp. 101-122.
- Pavón, Alfredo. "Elegir es arder", en *La dicha del escritor. Homenaje a Federico Patán en su 70 aniversario*. Cabos Suelos, México, 2008 (© 2008). pp. 39-56.
- _____. *Te llamamos Federico*. uv, Xalapa, 2002 (© 2002). 99 pp. (Cuadernos, 47).
- Paz, Octavio. "*La paloma azul*: Manuel Durán", en *Obras completas. Generaciones y semblanzas. Dominio mexicano*. T. 4. 2ª. ed. fce, México, 1994 (© 1991). pp. 309-311.
- _____. "México y los poetas del exilio español", en *Obras completas. Fundación y disidencia. Dominio hispánico*. T. 3. 2ª. ed. fce, México, 1997 (© 1991). pp. 308-321.
- Rius, Luis. *Cuestión de amor y otros poemas*. Pról. de Ángel González. Promexa, México, 1984. 185 pp.
- _____. *Cuestión de amor y otros poemas*. Pról. de Ángel González, est. de José Paulino. Eds. de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 1998. 232 pp. (Humanidades, 24)
- Rivera, Susana. *Última voz del exilio. El grupo poético hispano-mexicano*. Hiperión, Madrid, 1990 (© 1990). 244 pp. (Poesía Hiperión).
- Thomas, Hugh. *La guerra civil española. 1936-1939*. 2 vols. 3ª. ed. corr. y aum. Trad. del inglés por Neri Daurella. Grijalbo, Barcelona, 1977 (© 1976). 1166 pp. (Dimensiones hispánicas, 7-8).